

*Antenas*  
**Crónicas futuras**

Carlos Ulanovsky

2/17/81

La cultura de un país y de sus habitantes también puede definirse por lo que su gente hace o no hace, por cómo y en qué circunstancias lo hace. Imaginemos que, dentro de 50 años, algunos antropólogos tengan la necesidad de explicar y recrear algunas conductas del mexicano de nuestros días. Si, como es de esperar, el estudio se basa en información objetiva, se parecerá a la siguiente crónica.

En los años 80, en México se comían más pastelillos industrializados que huevos frescos, a pesar de que los primeros eran unos dulces de escaso valor nutritivo, cuya fórmula estaba integrada fundamentalmente por azúcar, *saborizantes* colorantes artificiales y otros aditivos. En un principio, los comían como antojito, ingiriéndolos entre comida y comida. Pero sorprendentemente, la colación se convirtió, para millones de personas, en comida. Tamañas cifras de consumo provocaban fenomenales distorsiones de comercialización, como que en un momento dado, una tonelada de papas fritas llegara a costar diez ve-

ces el valor de una tonelada de acero.

Impulsados por los mecanismos de una distribución sumamente eficaz, los refrescos (agua, azúcar, colorantes y burbujas) llegaban a cualquier punto del país, incluidas todas aquellas zonas que todavía no tenían agua potable, y mucho menos, abastecimiento diario de leche fresca. Una enorme variante de botanas y pastelillos fueron tomando los lugares de los alimentos locales y los dulces regionales. A tal grado de popularidad llegaron estos productos, que el nombre de sus marcas y los de quienes hacían su publicidad por televisión eran mucho más rápidamente asimilados y recordados por los escolares, que los nombres de los mismísimos héroes de la patria.

Durante varias generaciones se sostuvo una lucha francamente desigual con el propósito de detener esa sangría, de altísimos costos. Durante años, enviados con esos alimentos de irrelevante calidad, todos comieron menos: insuficientes proteínas, calorías vacías, falsas

vitaminas, minerales de sospechoso valor, energía estéril. Comieron menos y mal, justamente en el tramo de la vida en que el ser humano más necesita de alimentos nobles e íntegros para crecer, para fortalecerse, para convertirse en ese individuo económicamente activo y útil que la sociedad de este tiempo demanda.

En fin que si ésta crónica futura posible se manejara con estricta justicia, quien la fuera a escribir terminaría sin duda refiriéndose a la influencia de los medios de comunicación en general y de la televisión en particular, en este largo proceso de deformación. Acaso el tema podría ser la reflexión acerca de cómo, la televisión se convirtió en portavoz de una forma de vida que promueve más el tener que ser. Y cuándo, en qué momento y por qué, la publicación pasó de ser lógico elemento secundario en protagonista principal, sin la cual es absolutamente imposible concebir los pasos cotidianos, el pasado, el presente, el futuro, la felicidad y la vida en general.